

Las encantadas Náyades surgian,
Y que diversos Faunos aparecen
Saltando de placer entre la fronda,
Que deja en los cuarteles el apolque,
Que hace en las cañas madurar el fruto;
Y con cintas y lazos de colores
El círculo marcar de alegre estadio.

¡Era todo ilusion! fueron antojos
Del ser que vive aquí siempre soñando!
Allá miré la realidad temida
En la rústica labor de aquella tarde,
Viendo las cañas recortarse entónces
Por el tronco, á los golpes del machete,
Que al trapiche los burros conducian;
Y el látigo escuchaba de los chinos
Que en el lomo de las bestias descargaron;
Y las múltiples faces de la industria
Fué con asombro por do quier siguiendo.

La epístola concluyo, noble Vate,
Deseándote salud; y plegue al cielo
Que vengas á cantar como otros años
Con tu fecunda inspiracion, los dones
Que guardo para tí tu fiel Nodriz,
Esta risueña y mágica Natura,
Que como ayer desplegará á tus ojos
El secreto inmortal de su existencia!

Cañete, Julio de 1876.

DALMIRO.

LAS LITERATAS.

De dia en dia va haciéndose menos raro entre nosotros el que las mujeres escriban. Ya no solo se les tolera este *avance*, sino que aun se les alienta á ello.

Una distinguida asociacion, el «Club Literario», cuenta ya en su seno con algunos miembros del sexo femenino y, mas de una vez se han escuchado con interés en sus salones, las poéticas y sentidas producciones de la mujer.

Al anotar este hecho significativo, nos damos el parabien considerándolo como un paso adelante dado por nuestro país en el camino de la civilizacion.

Sin embargo, la mayoría de los hombres y, lo que parece mas raro aun, muchísimas mujeres, les tienen una profunda aversion á las escritoras y se burlan de ellas sin piedad.

La mujer, manejando la pluma, les parece tan soberanamente ridicula, como si pretendiera darle fuego á un cañon.

Y, cuántos de los que así piensan, se habrán recreado con las interesantes producciones de Mme. Staël, de Jorge Sand, de la Avellaneda, y de tantas otras notabilidades literarias pertenecientes al sexo débil.

Para esos críticos intransigentes, la mujer que se permite ocuparse de algun trabajo intelectual, desatiende forzosamente el zurcido, el cuidado de sus hijos y el gobierno de su casa, que son sus principales y positivas incumbencias.

A la verdad que si tal cosa sucediera, razon sobraría para anatematizar á las literatas, y nosotras seriamos las primeras en ponernos de su parte.

Felizmente, segun lo que hemos observado, no son los que así piensan los mas interesados en la conservacion del orden doméstico; y si mas bien, los que mas incapaces se encuentran de sostener la comparacion con la mujer ilustrada sin que sufra el orgullo masculino alguna cruel decepcion.

Si lo que á ello se siente inclinada, despues de haber dado cumplimiento á sus deberes cotidianos, en vez de ir al teatro, á los paseos, ó á reuniones dispendiosas, prefiere quedarse en casa escribiendo sus impresiones ó sus recuerdos y esperanzas, en tanto que vela el sueño de sus hijos ó aguarda al esposo ausente, lejos de merecer censura, casi nos atreveríamos á decir que es acreedora al elogio y consideracion de las personas juiciosas.

Ciertamente nadie se atreveria á vituperar al abogado, comerciante ó empleado, que ocupara sus ocios en el estudio de la música ó en el cultivo de las flores; porque estas son lícitas recreaciones del espíritu que en nada perjudican á las tareas obligatorias.

En apoyo de esta asercion podemos citar el ejemplo de uno de nuestros mas estimables y acreditados doctores en medicina quien, habiéndose propuesto aprender el arte de encuadernar y llegádole á poseer con bastante perfeccion, se complacía en arreglar por sí mismo sus libros y los de sus amigos.

Se creará que por eso desatendia los graves deberes de su profesion? Ciertamente que no.

Su espíritu fatigado por el estudio y la meditacion, se

reposaba, si nos es permitido esprearnos así, en esta ocupacion mecánica que, variando el orden de ideas que lo dominaba, le servia de higiénica y útil distraccion. Porque el alma de igual manera que el cuerpo, necesita del ejercicio y del reposo prudentemente alternados.

Decimos todo esto, porque nos hemos propuesto demostrar que, si acaso no conviene que la literatura sea para la mujer una ocupacion, puede y debe ser á lo menos una distraccion útil y provechosa.

Continuamente se le enrostra á esta calumniada mitad del género humano, su frivolidad, sus gustos fútiles y anifiados, su apasionado culto á los extravagantes caprichos de la moda; y, al mismo tiempo se la condena con rara inconsecuencia, á no ocuparse de nada serio, so pena de incurrir en la nota de pedante y bachillera.

Ciertamente que la limitada instruccion que recibe, no le permitirá escribir sobre muchos ramos del saber humano que le son desconocidos; pero bien puede intentar hacerlo, sobre algunas materias que, casi puede decirse, son de su exclusiva incumbencia; por ejemplo sobre educacion, como que es la encargada de darle á sus hijos; sobre costumbres, como que influye en ellas de una manera tan directa; y en general sobre todo aquello que mas que ciencia, requiere observacion, viveza de imaginacion, sentimiento y buen gusto.

Así, para cultivar la poesia creemos no equivocarnos al pensar, que mas que una gran ilustracion é inteligencia, se necesita poseer sentimiento, finura de percepcion, entusiasmo y amor por lo bello en el orden físico y el moral.

¿Quién negará que la mujer posee en alto grado estas cualidades? Luego puede cultivar con buen éxito la poesia. Y de que es así, no faltan pruebas entre nosotros, apesar de la preocupacion que existe de que no debe ocuparse de trabajos intelectuales.

Desde luego no principiará produciendo obras maestras porque, como dice el vulgo con su práctico buen sentido, «nadie nace sabiendo». Los niños antes de andar con firmeza, principian por hacer *pininos*.

Si en lugar de la burla y el desden, encuentra una crítica razonada y discreta que la corrija sin desalentarla, es seguro que progresará.

Llevando de ordinario una vida retraida y sedentaria; alejada del torbellino del mundo que arrastra al hombre, la mujer tiene mayor necesidad de esas expansiones del alma, de esos goces del espíritu que proporciona la escritura; de la cual ha dicho con tanta razon el inmortal Lamartine: «Bendito sea aquel que inventó la escritura, esa conversacion del hombre con su propio pensamiento; ese medio de aliviarse del peso de su alma».

Mas no se crea que pretendemos que todas las mujeres sean escritoras y que den publicidad á sus producciones; sobre este punto antes bien opinamos que deben ser muy cautas y tener una prudente desconfianza de sus propias fuerzas.

Pero si les diremos á todas; escribid; escribid para vuestra propia satisfaccion. Escribid, para que adquirais la práctica de hacerlo.

Cuando sintais vuestro corazon rebozando de alegría, ó lo que es mas frecuente en esta mísera vida, henchido de pesar, huid de hacer confidencias que casi siempre son peligrosas y ocasionan tardíos arrepentimientos; desahogaos mas bien consignando en vuestro diario, vuestros desalientos é ilusiones; vuestros placeres y penas; vuestras esperanzas y decepciones.

Si despues de pasado algun tiempo revisais esas páginas de vuestra propia historia, las encontrareis llenas de un palpitante interés; y, viendo ellas la fotografia de vuestra vida, gozareis del intimo placer de los recuerdos.

Dedicándose la mujer á llenar de tal manera sus ocios, se libra del escollo de la frivolidad, coqueteria y murmuracion á que con frecuencia la conduce esa incesante actividad que la devora y que, en las clases acomodadas, casi no tiene objeto digno en que emplearse.

Y cuando el escribir sea la costumbre de muchas, y no el privilegio de unas pocas, serán tambien mas raras la pedanteria y presuncion; esos lunares que tanto afean y tan opuestos son al verdadero mérito.

«Solo sé, que no sé nada»: ha dicho el sabio; y en verdad que la vanidad y petulancia, parecen ser atributos exclusivos de la ignorancia. Porque cuando el espíritu, en alas del pensamiento, pretende elevarse á los espacios incommensurables del saber, es cuando mas penetrado se siente de su ínfima pequeñez; y, ageno á toda soberbia, se considera tan insignificante como una hormiga en la vasta superficie de la tierra; como un grano de arena en el fondo inmenso de los mares.

MARIA DE LA LUZ.

Lima, Setiembre 22 de 1876.

A LA SEÑORITA MANUELA CARRILLO.

POR LA MUERTE DE SU PADRE

El Doctor Don Guillermo Carrillo.

Qué tristes dias y qué largas noches
De insomnio pasarás, oh bella niña!
Ay! cuan despedazada,
Ay! cuan adolorida
Estará tu alma virginal y tierna,
Sin esperanzas ya, sin alegrías!

Por fin perdiste á tu excelente padre
Cuando aun estaba léjos de la orilla
Adonde nos conduce
La ancianidad sombría.

El ser que mas querias ya no existe;
El ser que mas te amaba es ya ceniza.

Tu espíritu de luto se ha cubierto
Y de llanto tus fúlgidas pupilas;
Tu corazon doliente
Suspirando agoniza,
Y sobre el cielo de tu pura frente
El sol de los placeres ya no brilla.

Mas no tengas á mengua tu quebranto
Quién con respeto tu pesar no mira?
Siempre con reverencia
Y quizá idolatria,
Vé á la vírgen que llora por sus padres
Como al hombre que llora por sus hijas.

Si hubieras sido tú la que bajabas
Al seno oscuro de la tierra fria,
¿No es verdad que sumido
En tertura infinita,
Hoy estaria aquel varon ilustre
Que tu filial dolencia justifica?

Aquel grave y adusto magistrado,
Explorador de la conciencia inícuca,
Terror del delincuente,
Columna de justicia,
Con el pecho de pena traspasado
Llorando hubiera cual doncella tímida.

No, no escondas, oh niña, tu amargura,
Y de consuelo á tus dolores sirva
Mirar á un pueblo entero
Que, como tú, suspira
Por el mismo hombre cuya infausta muerte
Hoy conmemoro en mis humildes rimas.

CONSTANTINO CARRASCO.

EXAMEN DE LA HISTORIA

DE LA GUERRA DE SUCESION EN ESPAÑA POR
LORD MAHON,

*Escrito y publicado en la antigua Revista de
Edimburgo por T. B. Macanlay.*

TRADUCIDO DEL INGLÉS POR J. F. D. PARA
«El Correo del Perú.»

(Conclusion.)

Harley y Prior fueron puestos en prision; Bolingbroke y Ormond se vieron precisados á refugiarse en tierra extranjera. Las heridas abiertas en estas deplorables circunstancias continuaron enconándose durante muchos años. Pasó largo tiempo ántes que los individuos de cada partido pudiesen discutir la cuestion de la paz de Utrecht con calma é imparcialidad. Que los Ministros del partido Whig nos habian vendido á los holandeses; que los del partido Tory nos habian entregado á la Francia; que la guerra se habia llevado adelante solo para repletar los bolsillos de Marlborough; que la paz habia sido firmada con el único objeto de facilitar la vuelta del pretendiente; tales acusaciones y muchas otras, enteramente ofensivas é infundadas ó en extremo exageradas, fueron lanzadas á uno y otro bando por los luchadores políticos del último siglo.

En nuestros dias esa cuestion pudo ser discutida sin acaloramiento. Sentaremos, tan brevemente como sea posible, las razones que nos han conducido á la conclusion á que hemos llegado.

Los peligros que mas se temian de la paz eran dos: primeramente—el peligro de que Felipe pudiese ser inducido, por sentimientos de particular afecto, á obrar en estricto concierto frances á expensas del de Inglaterra, y